

La resurrección y la vida

Notas de una predicación sobre Juan 11:19-46

William John HOCKING

biblicom.org

Índice

0 - Introducción	3
1 - El duelo	3
2 - Su valor práctico	5
3 - La casa en Betania	5
4 - Pensamientos erróneos	7
5 - La palabra de esperanza	7
6 - La aplicación general	10

0 - Introducción

Este capítulo presenta otra visión del tema de la vida, que recorre todo el Evangelio. Obsérvese también que la profunda enseñanza sobre la resurrección y la vida se desarrolla en relación con un acontecimiento corriente de la historia del hombre (siendo la vida intrínsecamente más importante que la resurrección).

Este carácter es propio del Evangelio según Juan: lo celestial está estrechamente relacionado con lo terrenal. Los acontecimientos comunes de la vida cotidiana, como el hambre, la enfermedad, el duelo y otros, se asocian con las verdades más profundas de la revelación, lo que demuestra que las Escrituras están destinadas a ser una fuente de luz celestial para las circunstancias prácticas de la vida humana. Aunque las Escrituras pueden ser tergiversadas, no han sido dadas para que los lectores encuentren en ellas materia para construir teorías vagas o formular credos religiosos, sino para permitirles afrontar y comprender con valentía las duras realidades de la existencia cotidiana. Porque la vida está llena de acontecimientos que parecen crueles e inexplicables sin la luz que aporta la Palabra de Dios. Por lo tanto, nos corresponde estudiar las Escrituras con el fin de descubrir la clave que nos permitirá desentrañar las numerosas circunstancias misteriosas que tan a menudo atravesamos.

Cuando Dios mira desde los cielos este mundo que nos parece tan confuso, todo le resulta claro. Él tiene un plan preciso. Solo su Palabra nos permitirá, en cierta medida, comprender su propósito y percibir sus planes; de lo contrario, podemos estar seguros de que su propósito es bueno. Todos los acontecimientos en la tierra contribuyen a un bien final. La revelación que ofrece esta seguridad es el antídoto contra la gran mentira presente en el mundo, según la cual todo contribuye al mal. Esta mentira proviene de Satanás en Edén, y su efecto persiste hoy en día entre los hombres. Cuando las cosas parecen ir mal, incluso las personas piadosas tienden a pensar así, al igual que muchos cristianos cuando están maltratados. De ahí el valor de la Palabra de Dios, que afirma que todo contribuye al bien, ya que al creerlo podemos ahorrarnos mucha ansiedad y dolor innecesarios.

1 - El duelo

La historia que se cuenta en este capítulo es conmovedora; sus detalles, aunque comunes, contienen los malentendidos que acabamos de mencionar. Y es interesante

e instructivo ver cómo el tema de la vida eterna se entremezcla con el del duelo.

En el capítulo anterior, el Señor se presentaba como el Buen Pastor. Hablaba de sus ovejas llamadas a separarse de sus antiguas asociaciones judaicas para seguirlo. Ahora bien, para un judío, las ordenanzas y las instituciones de Moisés parecían las cosas más estables de la tierra. Pero el Pastor llamaba a sus ovejas por su nombre para que lo siguieran fuera del redil judío y abandonaran así todas las ordenanzas en las que confiaban. A cambio, le daba a cada una su Palabra y su promesa: «Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» ([Juan 10:28](#)).

Este don era superior a todo lo que el recinto legal judío podía ofrecer. El redil judío no era tan seguro como la mano del Buen Pastor. El que sostiene el universo tiene el poder de proteger a sus ovejas contra cualquier enemigo. Y su promesa asegura a cada oveja la vida eterna y las protege también de la corrupción interior y de los enemigos externos.

En este capítulo, tenemos el caso de una oveja de Cristo afectada por la muerte. Fue una desgracia inquietante para las piadosas hermanas judías, ya que la esperanza legítima de un israelita piadoso era vivir muchos años. Según la promesa divina, la recompensa de la piedad era una larga vida terrenal.

Por eso, a María y Marta les parecía inexplicable que su hermano fuera arrancado en la flor de la vida del feliz hogar de Betania. ¿Por qué había entrado la muerte de imprevisto y sumido, sin piedad, en el duelo y el dolor estas piadosas hermanas que temían a Dios? Aunque Lázaro era una de las ovejas amadas de Cristo, el rey de los terrores, el enemigo acérrimo de la humanidad había arrebatado a Marta y María a su querido hermano. Fue una prueba dolorosa para ellas; una prueba que se repite sin cesar ante nuestros ojos, y tal vez en nuestros hogares. ¡Cuántas veces parecen ser elegidos para ser golpeados aquellos que son piadosos! ¿Acaso no fue el propio Señor Jesús arrancado en medio de sus días?

¿Cómo podían las hermanas comprender esta desgracia? ¿Cómo podían conciliar la muerte de Lázaro con la promesa del Señor sobre la vida eterna? Lázaro, a quien tanto amaban, a quien la familia tanto necesitaba, su fuente terrenal de consuelo y gozo les había sido arrebatado repentinamente. Además, a pesar de haber sido llamado, el Pastor no había intervenido para salvar a su oveja de una muerte prematura. Ellas le habían sido fieles, pero él no se había apresurado a salvar al enfermo. Solo veían ante ellas una triste vida de duelo por un ser querido, irremediablemente perdido.

El Señor se acercó a esos corazones quebrantados y, de una manera hermosa, les reveló una visión nueva y más profunda de la vida eterna, al tiempo que les devolvía a quien habían perdido. Les mostró que, a pesar de las apariencias, la muerte no puede afectar a la vida eterna. De hecho, se reveló como la Resurrección y la Vida, no solo doctrinalmente, sino también de manera práctica, al borde de la tumba.

2 - Su valor práctico

Cabe señalar que esta gran verdad se asocia aquí con dolorosas circunstancias de duelo, para gran beneficio de todos los redimidos. Así como el corazón afligido de las hermanas fue consolado, todos los que se encuentran en una situación similar pueden estar consolados, animados y fortalecidos por los detalles que aquí se relacionan.

En este capítulo se destaca otro aspecto valioso del ministerio del Señor Jesús. Vemos su incomparable y perfecta simpatía hacia estas mujeres afligidas que sufrían. El Señor realizó un acto de infinito poder, con la dulzura y la simpatía que le caracterizaban. Y esta actitud se destaca aún más en este Evangelio, donde está presentado como el Hijo eterno. No entra bruscamente en esta escena de duelo para resucitar al muerto con una simple palabra, como cuando calmó las fuerzas tumultuosas de la naturaleza en el mar de Galilea.

Aquí, el poder irresistible que rompe los barrotes de la prisión de la muerte se asocia con la maravillosa fuerza de la simpatía. El Señor, en la dulzura de su poder infinito, se acerca a las mujeres que lloran, se une a su dolor, llora con ellas y seca sus lágrimas. ¡Qué visión tan maravillosa la del Hijo de Dios derramando lágrimas!

3 - La casa en Betania

Las 3 personas de este relato eran especialmente favorecidas. Su casa se había convertido, por así decirlo, en la casa del Señor en Judea. En los otros Evangelios, su ministerio predomina en Galilea, en este, más bien en Judea. Se dice que enseñaba en Jerusalén, pero que buscaba descanso y refrigerio en Betania, en la casa de Lázaro, María y Marta. Fue en este círculo donde entró la muerte.

Al principio de este capítulo, se introduce en el relato un paréntesis sobre María:

«(María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con sus cabellos)» (v. 2). Así, el acontecimiento histórico descrito en el capítulo siguiente se anticipa aquí. ¿Por qué? Este paréntesis parece ser más que una simple nota para identificar a María de Betania. Creo que esta frase se coloca aquí para mostrar que la triste experiencia relatada en este capítulo enseñó a María cosas que la llevaron a actuar como lo hizo en la fiesta en casa de Simón el leproso.

María había aprendido algo del Señor incluso antes de este duelo; podemos deducirlo de lo que se dice en otra parte sobre Su anterior visita a Betania. María se había sentado entonces a sus pies y había escuchado su Palabra. Entonces había aprendido algo sobre la verdadera naturaleza de la misión del Mesías y, en esa ocasión, había aprendido algo más sobre la grandeza y la majestad del Señor Jesucristo.

María tenía un temperamento diferente al de su hermana. Era tranquila y reflexiva; y mientras Marta se apresuró a salir al encuentro del Señor cuando llegó, ella se quedó en la casa. No siempre podemos predecir lo que harán estas personas tranquilas y reservadas, pero a menudo actúan de manera adecuada, porque a menudo han pasado por circunstancias que las han llevado a buscar los pensamientos de Cristo.

Marta tenía un temperamento más activo que su hermana. Era una persona naturalmente vivaz y ocupada que actuaba de forma impulsiva. Cuando el Señor llegó a Betania, ella lo tenía todo preparado para recibirlo. Era un servicio honorable, y no fue reprendida por ello. Pero María era consciente de que la visita del Mesías a su casa era el acontecimiento de su vida. Por lo tanto, esos momentos eran tan valiosos para ella que deseaba aprovecharlos para escuchar las muchas palabras que él tendría que decirle. Y se sentó a sus pies para escucharlo.

Ahora, en su dolor, María sentía que debía esperar la palabra de su Maestro. Se sentó hasta que él la llamó. Solo entonces se acercó a él y vio, como Marta, su poder sobre la muerte y descubrió que él era la Resurrección y la Vida.

6 días antes de la Pascua, el fruto de la formación de María, a los pies de Jesús y ante la tumba abierta de su hermano, se hizo visible: durante el banquete en Betania, ungió al Señor antes de su sepultura. No formó parte de los que buscaron el cuerpo de Jesús en la tumba porque sabía que había resucitado. En efecto, en la resurrección de su hermano, había visto que él era la Resurrección y la Vida. ¿Cómo podría la tumba retener a aquel a quien Jesús había dicho: «Lázaro, ven fuera»? Si quería ungirlo, debía hacerlo *antes de su* sepultura, porque estaba convencida de que nunca lo encontraría en el sepulcro. Por lo tanto, actuó con discernimiento durante la cena,

y ahora todo el mundo es consciente de lo acertado de su gesto.

4 - Pensamientos erróneos

Ahora, si el tiempo lo permite, examinaremos con provecho algunos errores cometidos por diversas personas citadas en este capítulo. Los presentamos no para difamarlos, sino para mostrar con qué gracia el Señor Jesús corregía los errores de quienes lo rodeaban, al tiempo que reconocía el mérito de sus intenciones. Saber esto es un gran consuelo para quien actúa con sinceridad ante el Señor, buscando honestamente hacer su voluntad. Solo alguien satisfecho consigo mismo puede pensar que sus actos son, en sí mismos, dignos de ser aceptados por el Señor. Todavía no existe nadie que haya realizado una acción perfecta y se la haya ofrecido al Señor para que la acepte. Sin embargo, aunque después de dar lo mejor de nosotros mismos, todos somos siervos «inútiles» ([Lucas 17:10](#)), el Señor ve la intención del corazón y puede aceptar el servicio.

Cuando el Señor habló de ir a Betania, Tomás dijo torpemente: «Vamos también nosotros para que muramos con él» (v. 16). A la luz de las revelaciones anteriores que él y los demás habían recibido sobre el Hijo como Dador y Sustentador de la vida, el comentario del apóstol era insensato e incrédulo. Pero su deseo de acompañar a su Maestro a toda costa era sincero, y el Señor no se lo reprochó.

Así como el Señor conocía el carácter impulsivo de Pedro, también conocía su amor y su ardiente devoción. Exteriormente, tenía una confianza en sí mismo sobre la que Satanás actuaba, pero interiormente también sentía un intenso afecto por el Señor. Pedro pensaba sinceramente lo que decía en su arrebato apasionado: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte» ([Lucas 22:33](#)), pero no conocía su propia fuerza. Y el Señor actuó de tal manera que, cuando llegó el momento, Pedro dio su vida por su Maestro, tal y como había expresado.

5 - La palabra de esperanza

Pasaron 4 largos días antes de que el Señor llegara a Betania, pero durante esos días las afligidas mujeres tuvieron una fuente de consuelo. El Señor les había enviado una palabra para tranquilizarlas. Había dicho a su mensajero: «Esta enfermedad no

es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por medio de ella». Así que esta palabra fue transmitida a las mujeres en su tristeza: la enfermedad no era para muerte, sino para gloria de Dios.

Este tiempo de espera ponía a prueba la fe de las hermanas. El Señor esperaba con aparente indiferencia y no se apresuraba a llevar consuelo y ayuda a estas afligidas, aunque les había enviado palabras tranquilizadoras. Después de todo, ¿no era suficiente su palabra para que confiaran en él? ¿No les había garantizado que la enfermedad de su hermano acabaría glorificando a Dios? Y aunque no pudieran entender cómo era posible, tenían esa promesa para sostener sus corazones hasta el momento de la liberación.

Esta historia presenta una situación que se repite constantemente. En los momentos de prueba, nuestro gran consuelo es la Palabra del Señor. Algunos solo muestran su fe una vez que sus dificultades y penas han pasado. Entonces pueden decir: “Sabía que todo acabaría bien”, pero hasta el momento de la liberación, se ven devastados por las dudas y los temores. Sin embargo, todos tenemos esta promesa general: «Todas las cosas cooperan juntas para el bien de los que aman a Dios, los que son llamados según su propósito» (Rom. 8:28). Sin embargo, en el momento de la prueba, rara vez, o nunca, vemos *cómo* cooperan para el bien, al igual que las hermanas de Betania no veían cómo la enfermedad y la muerte de su hermano podían ser para la gloria de Dios.

Por lo tanto, la Palabra de Dios nos es dada para fortalecer nuestra fe. Es un medio seguro de consuelo, porque “consuelo” significa fortalecer el corazón para soportar. Permite al creyente apoyarse en los recursos de Dios y confiar en ellos, lo que le da paz en el corazón en las circunstancias más difíciles.

Los discípulos en la tormenta vieron cómo los vientos y las olas se calmaban ante la palabra de Jesús. Sus espíritus inquietos se apaciguaron, pero podrían haber experimentado esa paz antes, ya que no estaban menos seguros cuando las olas rugían. Nos cuesta considerar las dificultades de forma abstracta y ver de antemano el resultado futuro. Confiar parece fácil cuando consideramos las aflicciones pasadas o futuras, pero cuando las atravesamos, no es tan sencillo. Sin embargo, es durante la prueba de nuestra fe cuando el oro puro se manifiesta (1 Pe. 1:7).

El Señor llegó a Betania en el momento oportuno para demostrar la verdad de la resurrección con Lázaro y despojar a la muerte de su presa. Marta corrió a su encuentro y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero yo sé que aun ahora, todo cuanto pidas a Dios, Dios te lo dará» (v. 21-22). Ella

creía que Jesús era el Mesías y asociaba su presencia personal en la tierra elegida con una larga vida para los justos. Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta le respondió: «Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero» (v. 23-24).

Cada respuesta de Marta era absolutamente cierta, pero no le proporcionaba ningún consuelo. Le faltaba la verdad relativa a su circunstancia actual. El verdadero consuelo se basa en la verdad que se aplica precisamente a las circunstancias del momento. Para ello, la Palabra de verdad debe ser precisa. No se aplica de forma rutinaria. El Señor mismo, en nuestras dificultades, saca de las Escrituras lo que necesitamos.

Por lo que decía Marta, está claro que no entendía que el Hijo de Dios podía dar vida, abolir la muerte y vencer a aquel que tenía el poder de la muerte. Por eso, cuando el Señor habló de la resurrección de su hermano, ella respondió: «Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero».

Esta visión de las cosas no hacía más que aumentar su dolor. La resurrección parecía tan lejana; esperar hasta el último día parecía mucho tiempo. Pero el Señor tenía una revelación para responder a su necesidad actual. De hecho, le mostró que la clave para comprender su prueba estaba en Él mismo. Para ella, la resurrección era un acto de poder al final de todas las cosas. Pero la Vida estaba allí, ante ella. La Vida había venido al mundo, porque «en él había vida» (Juan 1:4). El Hijo era la fuente, el dador; la poseía tan verdaderamente como era el hombre de Nazaret. Él era la Resurrección y la Vida; era algo muy diferente a la respuesta de Dios a la oración de Eliseo por el hijo de la sunamita.

La doctrina que enunciaba el Señor era difícil de comprender; él le dio forma, por así decirlo. Simplemente se presentó ante Marta como el objeto de su corazón. Si se trataba de la resurrección, él era competente para emprenderla y llevarla a cabo. La muerte no le planteaba ninguna dificultad. Entonces, Aquel que era más grande que el universo le dijo a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida».

El Señor Jesús, de pie junto al sepulcro, dio esta orden: «¡Lázaro, ven fuera!». Y el muerto salió al oír estas palabras. Antes había dicho: «Viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz [la del Hijo del hombre], y saldrán» (5:28-29). Entonces hablaba de un día aún por venir. Pero aquí, en Betania, manifestaba su poder, y los que estaban presentes vieron al difunto hermano de María y Marta responder a la voz de Aquel que era la Resurrección y la Vida.

6 - La aplicación general

Con esta revelación, el Señor comunicaba una gran verdad de aplicación general. En su ministerio, solía no limitar el alcance de sus palabras y sus actos al caso particular que se le presentaba. Aquí, con la resurrección, el Señor devolvía a Lázaro a sus afligidas hermanas, pero las palabras que pronunció tienen un alcance mucho más amplio que ese círculo familiar. El hecho de que él fuera la Resurrección y la Vida no estaba destinado solo a Marta y María, sino a todos los que creyeran en Él.

En su presencia, un muerto debía vivir, ya que él era la resurrección, y un vivo nunca debía morir, ya que él concedía «la vida... en abundancia» ([Juan 10:10](#)), es decir, una vida que la muerte no puede tocar. Por eso dijo: «El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, jamás morirá» (v. 25-26).

La doctrina de este pasaje se desarrolla más en las Epístolas, donde se detalla más el efecto de la venida del Señor sobre los que creen. Cuando venga a buscar a sus santos, se tratará de la redención del cuerpo. Si un creyente ha muerto, o «se ha dormido», como dice la Escritura, se ejercerá su poder de resurrección. El Señor hablará, y a su llamada, los muertos en Cristo se levantarán y saldrán de sus tumbas.

Lázaro es, por tanto, un tipo de los santos «dormidos» cuando Cristo venga. Otros habían muerto y yacían en sus sepulcros en Betania, pero el Señor solo se dirigió a aquel a quien conocía y amaba. Hizo una elección entre los que estaban en la tumba. Del mismo modo, cuando el Señor descienda del cielo con un grito de mando, solo aquellos que conocen esa voz responderán. Aquellos a quienes el Pastor conoce y que lo conocen a Él oirán su voz y saldrán de sus sepulcros en la gloria de la primera resurrección.

Los creyentes que estén vivos en ese momento también se verán afectados por su venida. Sin embargo, el orden será el indicado por el Señor mismo: la Resurrección y la Vida.

Primero resucitarán los muertos; luego, los vivos serán transformados, porque los que viven y creen en él no morirán jamás, según su promesa. Por lo tanto, los que están vivos y permanecen hasta la venida del Señor no tendrán precedencia sobre los que se han dormido en Jesús.

El apóstol se detiene en este tema cuando escribe a la asamblea de Tesalónica ([1 Tes. 4:13-18](#)). Los tesalonicenses estaban muy preocupados porque varios de ellos habían fallecido y temían que no pudieran disfrutar del gozo de la venida de Cris-

to. Pero, por el contrario, los difuntos no perderán nada y obtendrán una ganancia. Resucitarán primero, y luego los vivos serán transformados. Los vencedores de la tumba tendrán prioridad sobre los vencedores de la muerte. Y este orden corresponde perfectamente al del Evangelio según Juan.

A priori, se podría pensar que el orden preferencial es la vida y luego la resurrección, ya que el Hijo habla de dar la vida eterna al creyente desde ahora; lo cual es cierto, por supuesto. Pero aquí tenemos otra perspectiva. El Señor se ocupa de la naturaleza corporal del hombre. Por eso utiliza primero su poder en la resurrección.

Pero había un milagro más grande que la resurrección; el Señor lo revela diciendo: «Todo aquel que vive y cree en mí, jamás morirá. ¿Crees tú esto?». Marta, que sin embargo era una verdadera creyente, no entendía el significado de esta revelación del Señor. Sin embargo, teniendo fe en el Señor, expresó esta confianza respondiendo: «Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que viene al mundo» (v. 27). Aunque no comprendía la profundidad de esta verdad, su gran salvaguarda era su fe en el Señor, que la capacitaba para participar en la gran bendición de Su venida.

El Señor concretó la verdad que había dicho, a saber, que él era la Resurrección. Pero antes de resucitar a Lázaro, mostró toda su simpatía por quienes sufrían en esa dolorosa prueba. Sentía la tristeza causada por la devastación que la muerte había sembrado en Betania. Allí había 2 hermanas sensibles, abatidas, con el corazón destrozado por la prematura muerte de su hermano. La muerte les había arrebatado a su ser querido. El Señor se sumergió por completo en la intensa tristeza de ese duelo. Con sus gemidos y lágrimas, manifestó tal emoción que incluso los judíos dijeron: «Mirad cómo lo amaba» (v. 36).

Se podría pensar que era innecesario que el Señor mostrara tal dolor, ya que iba a resucitar a Lázaro. Pero pensad en lo que nos habríamos perdido si no se nos hubieran transmitido sus estremecimientos y sus lágrimas. Ahora podemos ver cómo conoce “nuestra naturaleza”; como dijo el profeta de él: Él «llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores» (Is. 53:4). No solo socorría a los enfermos y afligidos, sino que lo hacía con la más sincera y real simpatía.

Si queremos compadecernos de los que sufren, debemos asumir sus dolores. Decir unas pocas palabras de condolencia a alguien no es verdadera compasión. Debemos hacer nuestras las pruebas de los demás y llevarlas en nuestro espíritu. Para tal servicio, necesitamos tener en nosotros el Espíritu del Maestro, saboreando primero para nosotros mismos su consuelo, como se muestra aquí, y luego prodigándolo a

los demás.

La meditación de este pasaje nos ha permitido vislumbrar su belleza y su enseñanza, pero podemos estar seguros de que cada vez que lo consideremos veremos algo nuevo y reconfortante.